

# Mariana Victoria de Portugal: una infanta y muchas cartas

M.<sup>a</sup> VICTORIA LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO

Universidad Complutense de Madrid

## Resum

La correspondència que Maria Victòria (Madrid, 1718–Lisboa, 1781) va mantenir amb la seva mare, la reina Isabel Farnesio, entre 1729 i 1766, data de la seva mort, i posteriorment amb els seus germans, permet un coneixement detallat de l'educació, les aficions i la vida conjugal d'aquesta infanta a Madrid, París i Lisboa. Destinada ja el 1721 a casar-se amb Lluís XV de França, els nous plans matrimonials del darrer la portaren a esposar el 1732 el futur Josep I de Portugal. Juntament amb els seus embarassos i el naixement de les seves filles, l'etiqueta de la cort portuguesa, els regals intercanviats, la casa de què Maria Victòria finalment va disposar i altres facetes palatines, les cartes recullen també, com a rerefons, els esdeveniments d'aquells anys: les difícils relacions entre Espanya i Portugal per la demarcació de les seves fronteres a Amèrica, reformes administratives del comte d'Oeiras, el terratrèmol de Lisboa de 1755 i l'ascens del marquès de Pombal. Més en particular, l'atemptat patit pel seu marit el 1758 va donar pas al seu nomenament com a governadora durant dos mesos i posteriorment va exercir la regència en 1776-1777. A continuació, i com a reina vídua, va visitar Espanya. La correspondència aporta llum molt reveladora sobre aquella infanta i reina culta, aficionada a l'equitació i a la música, una reina de la Il·lustració.

**Paraules clau:** Maria Victòria, Isabel Farnesio, Josep I de Portugal, etiqueta de palau, terratrèmol de Lisboa, tractat de San Ildefonso.

## Resumen

La correspondencia que María Victoria (Madrid, 1718 – Lisboa, 1781) mantuvo con su madre la reina Isabel Farnesio entre 1729 y 1766, fecha de su fallecimiento, y posteriormente con sus hermanos permite un conocimiento detallado de la educación, aficiones y vida conyugal de esa infanta de España en Madrid, París y Lisboa. Destinada ya en 1721 a casar con Luis XV de Francia, los nuevos planes matrimoniales de este la llevaron a desposar en 1732 al futuro José I de Portugal. Junto a sus embarazos y el nacimiento de sus hijas, la etiqueta de la corte lisboeta, los regalos intercambiados, la casa de que María Victoria finalmente dispuso y otras facetas palatinas, las cartas recogen, como trasfondo, los sucesos de aquellos años: las difíciles relaciones entre España y Portugal por la demarcación de sus fronteras en América, las reformas administrativas del conde de Oeiras, el terremoto de Lisboa de 1755 y el ascenso del marqués de Pombal. Más en particular, el atentado sufrido por su esposo en 1758 dio paso a su nombramiento como gobernadora durante dos meses y posteriormente ejerció la regencia en 1776-1777. A continuación, y como reina viuda, visitó España. La correspondencia arroja una luz muy reveladora sobre aquella infanta y reina culta, aficionada a la equitación y a la música, una reina de la Ilustración.

**Palabras clave:** María Victoria, Isabel Farnesio, José I de Portugal, etiqueta de palacio, terremoto de Lisboa, Tratado de San Ildefonso.

## Abstract

The correspondence that Maria Victoria (Madrid, 1718–Lisbon, 1781) held with her mother, queen Isabel Farnesio, between 1729 and 1766 (year of the latter's death) and then with her brothers, permits a detailed knowledge of the upbringing, pastimes and marital life of the *infanta* in Madrid, Paris and Lisbon. Destined as early as 1721 to marry Louis XV of France, his new matrimonial plans brought her to marry the future Joseph I of Portugal in 1732. Together with details of her pregnancies and the birth of her daughters, Portuguese etiquette, gifts interchanged, her entourage and ladies in waiting and other palace features, Maria Victoria's letters echoed, as a background, the main events of those years: the difficult relations between Spain and Portugal concerning their borders in South America, administrative reforms by the count of Oeiras, the Lisbon earthquake of 1755, the Marquis of Pombal's rise to

power. More particularly, the attempt on Joseph's life in 1758 opened the way for her to be appointed governess for two months, while in 1776-1777 she acted as regent. Later, and as a widow, she visited Spain. The correspondence sheds light on the learned *infanta* and queen, who loved horsemanship and music, a queen of the Enlightenment.

**Keywords:** Maria Victoria, Isabel Farnesio, Joseph I of Portugal, palace etiquette, Lisbon earthquake, treatise of San Ildefonso.

### I. *Presentación: el personaje y su circunstancia*

Ni las pesadas obligaciones ni la enfermedad del rey impidieron que la reina Isabel de Farnesio mantuviese una asidua correspondencia con sus hijos a lo largo de toda su vida. Especialmente con sus hijas y todavía más con la mayor, la infanta Mariana Victoria, nacida en Madrid el 31 de marzo de 1718 y fallecida en Lisboa el 15 de enero de 1781.<sup>1</sup> Es más, en este caso podría decirse que su relación se forjó a través de las cartas porque su contacto personal fue muy limitado. En octubre de 1721 partió del Escorial hacia Versalles, con tres años y medio, para educarse y adaptarse a aquella corte, como prometida de Luis XV de Francia, un compromiso negociado al mismo tiempo que el de su hermanastro Luis con Luisa Isabel de Orleans, hija del regente Felipe de Orleans, cuyo enlace tuvo lugar en Lerma el 20 de enero de 1722.

Sin embargo, el de la infanta española, pospuesto debido a su corta edad, se deshizo por intereses de Estado y la niña, que entonces contaba con siete años, fue devuelta a la corte paterna el 11 de marzo de 1725.

1. Sobre la relación de la reina parmesana con sus hijos, véanse M.<sup>a</sup> Ángeles PÉREZ SAMPER, *Isabel de Farnesio*, Plaza & Janés, Barcelona, 2003, pp. 145-156 y 276-287; M.<sup>a</sup> Victoria LÓPEZ-CORDÓN, «Reinas madres, reinas hijas. Educación, política y correspondencia en las cortes dieciochescas», en *Historia y Política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 31 (2014), monográfico dedicado a *Las reinas y la legitimidad de la monarquía en España, siglos XVII-XX*, pp. 49-80.

La decisión fue considerada un agravio por los reyes padres, quienes, por su parte, se apresuraron a devolver de nuevo a Francia por la frontera de Irún a Luisa Isabel de Orleans, viuda ya de Luis I, y a su hermana menor Felipa Isabel Carlota, que estaba también en España como prometida del infante don Carlos.<sup>2</sup> Doña Mariana, por su parte, abandonó Versalles el 5 de abril de 1725, acompañada por los enviados de Felipe V, el marqués de Santa Cruz y doña María de las Nieves Angulo; dejó Francia por Saint-Jean Pied-de-Port y fue recibida en Roncesvalles por el séquito español y por sus hermanos, reuniéndose finalmente toda la familia en Aranjuez el 30 de mayo.<sup>3</sup> Ya en septiembre de ese año, Luis XV se casó con María Leszzyńska, ocasionando todo el asunto un serio conflicto diplomático entre las dos ramas de los Borbones, que solo se resolvió con la firma de los acuerdos de familia de 1733 y 1743 y la celebración de los matrimonios entre el infante don Felipe y Luisa Isabel de Francia, la hija mayor de Luis XV, el 25 de octubre de 1739, y el del delfín Luis Fernando de Francia con María Teresa de Borbón Farnesio, el 23 de febrero de 1745, que era una compensación al fallido de su hermana mayor.

Doña Mariana Victoria no estuvo mucho tiempo en España, porque enseguida empezó a negociarse su casamiento con el príncipe don José de Portugal, de forma paralela al de su hermanastro don Fernando con doña Bárbara de Braganza. Cuando se firmó el compromiso matrimonial en 1727, la infanta tenía nueve años y once cuando tuvo lugar el intercambio de princesas, dos años más tarde. El matrimonio efectivo tuvo que esperar y, ya en 1734, a los catorce años, tuvo a su primera hija, la que sería María I de Portugal.<sup>4</sup> A esta le siguieron varios abortos

2. Sobre el incidente de las infantas, véase Miguel Ángel OCHOA BRUN, *Historia de la diplomacia española. La diplomacia en la era de la Ilustración* (1), vol. IX., Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, Madrid, 2012, pp. 185-186.

3. M. Torrione, ed., *Crónica festiva de dos reinados en la Gaceta de Madrid (1700-1759)*, CRIC, Toulouse, 1998, pp. 128-131.

4. Esteban RODRÍGUEZ AMAYA, *Felipe V y Portugal: matrimonios portugueses en Cayá (1729)*, Diputación Provincial, Badajoz, 1945. Sobre su hija, véase Luis DE OLIVEIRA RAMOS, *Dona Maria I*, Circulo de Leitores, Lisboa, 2007.

y otras tres hijas, Mariana (1736-1813), Dorotea (1739-1771) y María Benedicta (1746-1829), que en 1777 se casó con su sobrino José de Portugal (1761-1788), príncipe de Brasil. Al parecer, en un primer momento la relación entre Mariana Victoria y su esposo fue cercana, a pesar de que el rey tuvo diversas amantes. Fue, tal y como señala su última biografía, una «reina discreta», aunque eso no fue óbice para que sus contemporáneos le atribuyeran un carácter fuerte.<sup>5</sup> Princesa del Brasil, reina consorte, reina regente en dos ocasiones y reina madre, murió en Lisboa el 21 de enero de 1781. Sus restos están enterrados en la iglesia de San Francisco de Paula de Lisboa.

## 2. *La complicada vida de una infanta niña*

Entre 1721, cuando salió de España por primera vez, y 1732, cuando, recién cumplidos los catorce años, consumó su matrimonio —sin esperar a la menstruación, que se dilataba ya demasiado—, transcurre lo que puede considerarse como la primera etapa de la vida de la infanta, entre su niñez y su pubertad, que se desarrolla en tres escenarios: España, Francia y Portugal.

Cuando abandonó Madrid para trasladarse a Francia, lo hizo acompañada de sus padres, con una comitiva relativamente numerosa, que se fue reduciendo a medida que se acercaban al lugar de intercambio de las princesas, la Isla de los Faisanes. El 9 de enero cada una siguió rumbo a su destino con las servidumbres de su nuevo país de adopción, conservando tan solo, en el caso de la infanta, a dos personas: una señora de honor, doña María de las Nieves Angulo, y una camarera, Luisa Velandía, la única presencia española constante de su entorno porque, como estaba establecido, su casa estaba formada por damas francesas bajo la autoridad de la duquesa de Ventadour, *maman* Ventadour, que

5. Paulo DRUMOND BRAGA, *A rainha discreta. Mariana Vitória de Bourbon*, Circulo de Leitores, Lisboa, 2014.

era quien estaba en comunicación con Isabel de Farnesio para darle cuenta de la adaptación de la reina niña, a quien describe como despierta, obediente y alegre. La duquesa Charlotte de La Mothe-Houdancourt (1654-1744), que fue posteriormente gobernanta de los hijos de Luis XV, estaba formalmente bajo la autoridad de María Ana de Borbón, hija ilegítima de Luis XIV, pero fue ella quien desde el primer momento se hizo cargo de la educación y cuidado de la infanta española. Sus primeros testimonios sobre la niña, al poco de su llegada a Versalles, fueron muy positivos y, al parecer, también esta le demostró pronto su confianza y afecto. Todo indica que la rubia y delicada infanta española se ganó pronto a la corte francesa ya que, según no se cansaba de decir la madre del regente, Isabel Carlota del Palatinado, Mariana Victoria era «la cosa más dulce y bonita» y, además, demostraba un considerable ingenio para su edad.<sup>6</sup>

Al salir de España, la infanta no sabía todavía escribir y apenas lograba trazar su nombre, por ello sus cartas las redactaba la duquesa y las ponía en limpio un secretario. Escritas en francés, en ellas, además de expresiones de afecto a sus padres, dejaba siempre constancia de que era obediente y de las esperanzas que todos habían depositado en ella. También escribe a su hermanastro Luis, dándole cuenta del caluroso recibimiento que le habían dispensado y enviando, a través suyo su recuerdo y afectuosos saludos para don Carlos, el hermano más cercano en edad. Tampoco se olvida de las onomásticas de todos ellos, ni de la alegría que le producen los regalos que le mandan.<sup>7</sup>

Más allá de las noticias relativas a su buena integración en la corte francesa, que muestran a una niña sensible a la atención que se le dispensaba y, a su vez, deseosa de agradar, que supo ganarse el aprecio de las personas de su entorno y de un prometido, tímido y un tanto reticente, pero que, tal y como escribió a Isabel de Farnesio, le había pare-

6. Caetano BEIRAO, *Cartas da Rainha D. Mariana Vitória para a sua família de Espanha*, Empresa A. Publicidade, Lisboa, 1936, pp. xxxvi y xxxvii.

7. Archivo Histórico Nacional (AHN), Estado, leg. 2747.

cido «amable»,<sup>8</sup> sus cartas traslucen algo de su cotidianidad, ya no en Versalles, sino en el Louvre, adonde se había trasladado con su aya: le gustaban las fiestas y se mostraba contenta con la vida que llevaba en Francia, donde «tiene las cosas más bonitas del mundo». Tampoco le disgustaba estudiar y de sus progresos en la escritura daban cuenta sus cartas. Estudiar la entretenía, aunque tomaba sus lecciones con tranquilidad, ya que todavía no había pasado al catecismo. Pero lo que verdaderamente le gustaba era bailar y asistir a las celebraciones de la corte. Estaba muy satisfecha de haber actuado de madrina, junto con su prometido Luis XV, del hijo de un aristócrata y compartía con sus padres ciertas bromas del cardenal de Rohan, que le había asegurado que pronto apadrinaría a un hijo suyo. Además de las fiestas, también le gustaba pasear por el campo, como cuando fue a La Muette, cerca de París, donde tuvo casi a su alcance pájaros «encantadores», vio ordeñar las vacas y batió con sus propias manos la mantequilla.<sup>9</sup> Otro de sus entretenimientos era jugar a las cartas. Con su torpe grafía, la infanta-reina afirmaba en casi todas sus cartas que estaba contenta y que se adaptaba bien al proceso educativo:

Si mi querida mama. Os quiero con locura; estoy feliz y todo el mundo me quiere apasionadamente. Me he vuelto muy obediente. Mama Ventadour está contenta de mi y no me mimaba porque quiere que sea una gran reina, digna de ser siempre amada de su querida mama, a la que quiere con todo su corazón.<sup>10</sup>

De nuevo en Versalles, donde fue alojada en los apartamentos de su bisabuela María Teresa, tuvo oportunidad de tratar algo más a su prometido Luis XV, al que dice amar «con toda su alma». Si algo le causó un gran efecto fue su visita al colegio de Saint-Cyr, la institución creada

8. Alfred BAUDRILLART, *Philippe V et la cour de France d'après des documents inédits tirés des archives espagnoles de Simancas et d'Alcala de Hénarès, et des Archives du Ministère des affaires étrangères à Paris*, Librairie de Paris, París, 1890, p. 498.

9. AHN, Estado, leg. 2615, carta de 1 de julio de 1722.

10. AHN, Estado 2490, exp. 2.

por Madame de Maintenon para la educación de niñas de buena familia, que llegó a contar con unas doscientas educandas, que ingresaban cuando tenían entre siete y catorce años, pudiendo permanecer hasta los veinte. Allí participó con ellas en un refrigerio y se mostró encantada de hacerlo.<sup>11</sup> En Versalles también empezó a tomar sus primeras lecciones de danza, sin descuidar por ello sus otras ocupaciones. Una de sus aficiones eran las muñecas y, por ello, cuando la duquesa de Orleans le regaló una, con un conjunto «de toilettes de plus riches et de plus beaux», se lo agradeció expresivamente.<sup>12</sup>

Tras un año de estancia, su adaptación estaba ya consolidada. Ahora a sus padres, se acuerda de sus hermanos y sigue lamentando no poder celebrar con ellos los tres años del príncipe Felipe, nacido el 15 de marzo de 1720. Es más, no son pocas las ocasiones en que todavía se duerme con la carta de su madre sobre su corazón. Aunque crece deprimida, todavía no le permiten ir a cazar, como hace el rey, su prometido, aunque a veces sale a su encuentro en calesa.<sup>13</sup> Desde luego, no estaba precisamente ociosa la infanta, cuyas jornadas en Versalles constituirán un grato recuerdo durante toda su vida.

Los reyes padres y, en especial, la reina, recibían puntualmente no solo estas cartas con los pormenores de la vida de su hija, sino las noticias que les mandaban el embajador español en París, Patricio Laules, el embajador extraordinario para el Congreso de Cambrai, marqués de Monteleón, y don Melchor de Macanaz, representante oficioso en dicho Congreso. Pero no fue a los monarcas, sino a Grimaldo, a quien dieron cuenta del escaso entusiasmo que había para celebrar los esponsales y de los rumores que corrían por la corte de que la ruptura del compromiso estaba ya decidida. Rumores que las cartas de la camarera, doña Luisa Velandía, con redacción torpe y una escritura difícil, confirmaban también al ministro. El detallado relato de doña Luisa sobre los últimos días en la corte francesa resulta revelador, tanto del cariño que

11. AHN, Estado, leg. 2615, carta de 6 de julio de 1722.

12. *Ibidem*, carta de 26 de julio de 1722.

13. *Ibidem*, cartas de 15 de marzo, 3 y 26 de julio de 1723.



«el pueblo» expresaba a doña Mariana como de su sentimiento por su inevitable marcha. Es más,

[...] como no pueden hablar, pues los que hablan los meten al instante en las cárceles, toda la gente era mirar y alzan los ojos y manos al cielo y a la venida los cuartos y galería están llenas de gente para besarla, la silla donde venía mi ama no podía pasar, todos llorando, diciendo nuestros pecados hacen que Dios no nos deja cosa tan buena, bendito sea Dios que lo permite será para cosas mayores [...].<sup>14</sup>

Se prefirió no decir nada a la niña, más allá de la comunicación que le hizo Macanaz de que iba a volver a España a saludar a sus padres. Una carta de doña Luisa del 4 de abril de 1725, la víspera de partir, da cuenta del gran cariño que sentía por su tutora francesa y del desconuelo de esta al tener que abandonar a su pupila.

Una vez iniciado el viaje de vuelta a España, es ella misma quien va dando cuenta de este a sus padres, en breves billetes que escribe de su mano y en español:

Papá y mamá: yo he llegado buena gracias a Dios en medio del mal camino. Me alegra que vuestras mercedes lo estén y mis hermanos. Santa Cruz y mi Aya se ponen a los pies de Vuestras Majestades, con el mayor respeto, agradecidos a las honras que V. Majestades les hacen en mis cartas. Quedo a sus pies.<sup>15</sup>

Llegó a Burguete el 18 de mayo, adonde fueron a buscarla sus hermanos menores. El príncipe de Asturias se unió a ellos en el camino de Guadalajara a Madrid y, ya en la capital, los reyes pudieron abrazarla.

Incorporada de nuevo a la rutina de la real familia, poco sabemos sobre cómo transcurrió su vida desde entonces hasta enero de 1729, en que se marchó de nuevo. Volvió a estar bajo la competencia de doña M.<sup>a</sup> de las Nieves y a peregrinar por los sitios reales mientras se nego-

14. AHN, Estado, leg. 2490, exp. 2.

15. AHN, Estado, leg. 2615.

ciaba un nuevo matrimonio. La propuesta de un doble enlace portugués fue inmediata y parece que partió de España, pero también del lado luso ya que su exclusión del Congreso de Cambrai, los incidentes con Francia y los problemas fronterizos en el continente americano, así lo aconsejaban. Aunque los cuatro implicados eran muy jóvenes, siete años doña Mariana Victoria; once, don José; once y trece, don Fernando y doña Bárbara, respectivamente, las conversaciones se iniciaron en 1725, sin que la devolución de la infanta constituyera ningún obstáculo.<sup>16</sup> Por el contrario, la exigencia de la exclusión de Mariana Victoria de la sucesión española contrarió a Isabel de Farnesio, que nunca se resignó a que sus hijas perdieran ninguna oportunidad sucesoria, por remota que esta fuera. Finalmente, el tratado matrimonial se firmó en Madrid, el 3 de septiembre de 1727, celebrándose los desposorios, aunque la enfermedad del rey, la viruela de don Fernando y la malaria de la infanta demoraron la entrega de las princesas hasta el inicio de 1729. El 19 de enero se llevó a cabo en Caia, donde las dos comitivas se reunieron, trasladándose después doña Mariana Victoria con su nueva familia a Elvas, en cuya catedral el patriarca de Lisboa bendijo a los desposados, que después del *Te Deum* se retiraron a palacio, quedando desde ese momento proclamados príncipes de Brasil. Los reyes de Portugal entraron en la cámara de los novios a despedirse. Dejó la reina en la cama a la infanta y lo mismo hizo el rey con su hijo, entreteniéndose los príncipes «en decente conversación», durante una hora, en presencia del marqués de Alegrete, gentilhombre del rey y del príncipe. Luego la princesa se retiró a su cuarto con su camarera y las criadas que le habían designado. Encuentros y presentaciones transcurrieron siempre en francés y en esta lengua les despidió la desposada, advirtiéndole de que no la despertaran.<sup>17</sup>

16. Isabel CLUNY, *O Conde de Tarouca e a diplomacia na Época Moderna*, Horizonte, Lisboa, 2006, pp. 398-414.

17. La relación detallada del relato, en Dr. Jose DA NATIVIDADE, *Fasto de Hymeneo, ou Historia Panegyrica dos Desposorios dos Fidelissimos Reys de Portugal, Nossos Senhores D. Joseph I e D. Mara Anna Vitoria de Borbon*, Manuel Soares, Lisboa, 1752. Un extracto en BEIRAO, *Cartas da rainha*, pp. 29-32.

Desde el momento en que la infanta cruzó la frontera en 1729, la correspondencia con su madre fue constante, hasta la muerte de esta en 1766. Con distinto carácter, la relación escrita con otros miembros de la familia se mantuvo hasta la muerte de doña Mariana. La selección de las cartas escritas por la infanta entre 1721 y 1748, publicada por Caetano Beirao en 1936, están llenas de noticias de la vida diaria y reflejan la evolución de niña a mujer de una persona inteligente, que se siente oprimida por la etiqueta y la rigidez que le imponen sus suegros. Una infanta alegre que se transforma en una reina melancólica, atenta a su marido y a sus hijas, y que quiere mantener vivos los lazos con su propia familia, a pesar de las difíciles relaciones entre su país de origen y el de adopción. Las relaciones con su suegro parece que fueron buenas e, incluso, afectuosas. También lo fueron con el príncipe, con el que baila, ve fuegos artificiales y va a celebraciones religiosas. No así las que mantuvo con su suegra, la reina Mariana de Austria, demasiado rígida, que se irán deteriorando progresivamente, tal y como recogen las cartas.

Al poco de llegar, el 27 de octubre, escribe su contento por practicar lo que será su verdadera pasión, la caza a caballo, que practica con su prometido: «Monto a caballo y empezamos a cazar con perros que es la cosa más bonita del mundo [...]».<sup>18</sup>

Correr, saltar y cazar es, desde el primer momento, un hábito compartido con el que será su esposo, interrumpido muchas veces por la orden perentoria de la reina de desmontar y recogerse.<sup>19</sup> Como había ocurrido en Francia, el intercambio de regalos con sus padres es inmediato, porcelana para Madrid, vestidos, libros y juguetes para Lisboa, incluidos algunos préstamos de la biblioteca de su madre como las aventuras del caballero del sol, probablemente una novela de caballerías que le pide en préstamo. Y no menos alegría le produce asistir a la representación de una ópera de tema español como *Don Quijote*.<sup>20</sup>

18. BEIRAO, *Cartas da rainha*, carta de 9 de octubre de 1729, pp. 57-58.

19. *Ibidem*, carta de 29 de octubre de 1729, p. 60.

20. *Ibidem*, cartas de 15 de noviembre de 1729 y 28 de febrero de 1730, pp. 61 y 64.

### 3. *Matrimonio, destino y oficio*

Casada desde los once años, su matrimonio con el príncipe del Brasil no se consumó hasta el 1 de abril de 1732, tal y como la propia Mariana Vitoria, con gran alegría, comunicó a su madre: «mi príncipe comenzó a cumplir su deber muy bien».<sup>21</sup> Según los informes previos que sobre el asunto se enviaban a los reyes padres, su hija se desarrollaba bien en estatura y peso, pero no le bajaba la regla. Es más, ella misma estaba preocupada y, quizá, recordando lo ocurrido en Francia, deseosa de poner fin a su etapa de niña, comentaba a sus padres que, pese a ello, ya no lo era, pues sus pechos estaban como «una cacerola».<sup>22</sup> Por su parte, en 1730, el príncipe era ya tan alto como su madre, pero seguía delgado y poco vigoroso. Luisa Velandía señalaba en sus cartas que le llegaban las noticias de que don José estaba muy contento por los rumores de que la princesa no tardaría en ser mujer y que ambos prometidos se mostraban impacientes por consumir el matrimonio. Es más, más comunicativa, la infanta expresa abiertamente sus deseos de «juntarse» y, también, de que así empezaran las obras en el palacio de Ribeira, donde no tenían cuartos propios. Por todo ello, el día que Mariana Victoria cumplió catorce años, y aunque todavía no era mujer, el rey portugués le anunció que podía dormir con su marido. Ambos monarcas les dieron sus bendiciones y se volvió a repetir la escena del casamiento de Évora. La *Gazeta* de Lisboa lo hizo inmediatamente público: en el día de su cumpleaños doña Mariana Victoria «pasó al cuarto que se le tenía preparado en Palacio con el príncipe nuestro señor».<sup>23</sup>

Empieza entonces una nueva fase en la vida de doña Mariana Victoria: llegó la ansiada menstruación; no mucho después, el primer embarazo, y con dieciséis años tuvo a su hija María, la que sería reina, en diciembre de 1734. Dos años después quedó embarazada de la segunda

21. *Ibidem*, carta de 1 de abril de 1732, pp. 99-100.

22. *Ibidem*, carta de 15 de noviembre de 1729, p. 61.

23. *Gazeta de Lisboa Occidental*, núm. 14, 3 abril 1732.

hija y, como comunicó a su madre, sintió la presión de su entorno para que fuera un varón: «Dios quiera que sea un hijo, aunque lo que me de o quisiera, lo estimaré de la misma forma».<sup>24</sup> Quizá debido a ello, el embarazo fue malo: tuvo vértigos y molestias, alguna hemorragia, signos que se consideraban propios de un feto masculino, por lo que tuvo que marcharse con su suegra al palacio de Belem, donde solo paseaba, porque no se quería vestir. El 7 octubre, de vuelta en Lisboa, nació María Ana Francisca. Un periódico manuscrito de Évora le atribuyó haber insinuado que ya no estaba más obligada a parir.<sup>25</sup> Tras el parto, le sobrevino una gran «melancolía» durante la cual solo le entretenían las lecciones de música. Todavía en julio y agosto de 1737 se seguía aludiendo a su bajo estado de ánimo y, aunque intentaba combatirlo, «era muy difícil en un país donde no había ninguna diversión» y cuyo carácter era triste.<sup>26</sup> A él se fueron añadiendo problemas de salud, dolores en el costado, desarreglos en la regla, falta de apetito. Tras un nuevo embarazo, en septiembre de 1739 nació su tercera hija, María Francisca Benedicta. Luego tuvo varios abortos y aumentó la presión familiar. Afortunadamente, a partir del 12 de febrero de 1743, cuando los médicos le recomendaron hacer ejercicio, a pie o a caballo, y salir de Lisboa, mejoró. La preparación del matrimonio de su hija con su tío don Pedro acaparó su tiempo y, tras un nuevo aborto, con veintiocho años tuvo a su cuarta hija, que nació el 25 de julio de 1746.<sup>27</sup> Hubo aún dos nuevos embarazos fallidos y, ya en junio de 1763, con cuarenta y cinco años, en una carta a su madre da cuenta de que había entrado en la menopausia: fuertes jaquecas, aumento de peso, desaparición del periodo.

Ya no podía esperarse ningún heredero varón. Don José, por su parte, sí había sido padre de un hijo extramatrimonial, y no faltaban voces que proponían al rey un segundo matrimonio. No se trataba de

24. AHN, Estado, leg. 255, carta de 6 de marzo de 1736, p. 139.

25. João Luis LISBOA *et al.*, *Gazetas manuscritas da Biblioteca Pública de Évora*, Colibri, Lisboa, 2005, t. III, p. 336.

26. BEIRAO, *Cartas da Rainha*, carta de 5 de diciembre de 1736, pp. 151-152 y 156-15.

27. DRUMOND BRAGA, *A rainha discreta*, pp. 83-99.

repudiarla, sino de culpabilizarla con el pretexto de que su afición a montar y cazar, «contra la costumbre de las señoras y contra lo que le permitían las propias fuerzas», le hacían correr unos riesgos que repercutían en su descendencia y que podían acarrearle la muerte.<sup>28</sup> Bien es verdad que, si de algo servían estas especulaciones, era para retrasar el proyecto de matrimonio entre la heredera doña María y su tío paterno don Pedro de Braganza.

La infanta aceptó bien la situación. La relación con su esposo siguió transcurriendo por una vía de relativa concordia y sus hijas crecieron sin demasiados sobresaltos. Melancólica o no, doña Mariana Victoria no olvidó nunca sus tiempos de delfina francesa, muy consciente de que ni el palacio de Ribeira era el Louvre, ni el recién inaugurado de Mafra, Versalles. Es más, aunque sabía que el viejo Alcázar, donde había nacido, había sido destruido por un incendio, seguía añorando el Buen Retiro y Aranjuez, tan presentes ambos en las cartas de familia. Porque, si algo la entristecía, era el contraste entre la vida de ambas cortes. La constante tutela que sobre ella ejercía su suegra la reina María Ana de Austria, cuyo único divertimento era «visitar iglesias», le hacían añorar la música, los bailes o la caza de la corte paterna y, lo que era más importante, acrecentaba el deseo de que se dotara, para ella y su esposo, una casa propia, tal y como los príncipes de Asturias tenían en España. Si Isabel de Farnesio atemperó o favoreció la desazón de su hija, más allá de las buenas palabras, no es fácil saberlo. Pero de lo que no cabe duda es que las referencias constantes que hacía a sus buenas relaciones con su nuera, Luisa Isabel de Borbón, no eran las más apropiadas para calmar a la infanta, que en más de una ocasión comparó su triste situación con la de su cuñada.<sup>29</sup>

En cualquier caso, el poder confiar a su madre unos desencuentros, quizá banales, pero expresivos de una relación familiar poco fluida, debió de servir de consuelo a la infanta:

28. Citado en *ibidem*, pp. 101-102.

29. AHN, Estado, leg. 2541, carta de 15 de febrero de 1742.

Había olvidado mi querida madre escribiros una historia divertida de la reina, le cuenta en la posdata de una de sus cartas, hizo venir tres muñecas de Francia vestidas y peinadas a la moda, pero sabiendo que me gusta siempre peinarme así, no me ha dicho ni una palabra, y las ha guardado para que nadie las vea, yo os ruego muy humildemente mi querida madre de hacerme llegar dos de Francia, una vestida en traje de corte y otra en traje de cámara, vestidas y peinadas a la última moda, para mostrarle que yo las pueda tener sin que ella me haga la gracia de mostrarme las suyas, y os pido, humildemente, que me perdonéis esta libertad que me tomo, pero que la bondad que sentís por mí me ha permitido esta audacia.<sup>30</sup>

La frecuencia con que trajes, telas y joyas cruzaban la frontera con destino a la infanta permite decir que a la reina española no solo le gustaba complacer a su hija, sino también hacer un pequeño desplante a su consuegra. La princesa, por su parte, solía pedir con frecuencia tabaco y jerez para su esposo y le gustaba corresponder a sus padres enviándoles piezas de porcelana blanca, a pesar de que cada vez resultaba más difícil, «porque no viene ya de la India ni de Macao», y había que buscarlas en casas particulares.<sup>31</sup>

Tanto o más que regalos, solía pedir también consejos sobre su situación personal, y también política, ya que las relaciones entre España y Portugal eran cada vez más complicadas. Ya en marzo de 1735 avisaba de su temor a que sucedieran cosas que desagradarían seriamente a sus padres, aunque aseguraba que no le afectaban personalmente. Es más, mientras en Portugal se hablaba del yugo que imponía la reina Isabel a su nuera doña Bárbara, las cartas de Mariana Victoria reflejaban algo parecido respecto a doña María Ana de Austria. Un malestar cuyo telón de fondo era la falta de heredero varón, por lo que llegó a pedir abiertamente la intervención de sus padres: «Si no fuera por el cariño que tengo a mi padre, que ciertamente lo merece —escribe el 26 de marzo

30. AHN, Estado, leg. 2541, Lisboa, 3 de agosto de 1739.

31. BEIRAO, *Cartas da Rainha*, cartas de 18 de julio de 1743 y de 15 de abril de 1741, pp. 216-217 y 178.

de 1743—, yo os rogaría y a mi querido padre, de sacarme de una tan grande esclavitud».<sup>32</sup>

Esta intervención se produjo, no solo en forma de recomendaciones de paciencia, sino, de manera indirecta, a través de la intervención de los embajadores de Francia, ya que entre 1735 y 1743 no hubo en Lisboa representación española. La ruptura de relaciones diplomáticas y la guerra abierta entre los dos países, entre 1735 y 1737, no pudo por menos que afectar a la correspondencia, ya que algunas cartas que no llegaban, otras tardaban demasiado o eran abiertas.<sup>33</sup> Debido a ello, no todas iban por el correo ordinario e, incluso, se proporcionó a la infanta una cifra para comunicarse con mayor libertad, pero que utilizó poco porque le resultaba incómodo. No eran las noticias de su mano las únicas que Isabel de Farnesio recibía; además de las que le proporcionaban los embajadores franceses, contaba con las cartas de su camarista, doña Luisa Velandía, que había acompañado también a la infanta a su destino portugués. Solía escribirle con cierta regularidad, matizando o quitando importancia a las quejas de doña Mariana Victoria, que achacaba al diferente «estilo de la corte». Un estilo, en opinión de la princesa, tan aburrido y austero que en las únicas vestimentas que concebía gastar eran en las del patriarca o las destinadas al ornato de las iglesias.<sup>34</sup> Por lo demás, como atestigua la interesada y corrobora su camarera, las relaciones entre los príncipes eran buenas, así como las que mantenía con su suegro, Juan V, lo que resultaba tranquilizador para la reina española. Tanto para doña Luisa como para el embajador francés Chavigny, la causa de los desencuentros radicaba en que los príncipes no tuvieran casa separada, cuestión en la cual los monarcas portugueses se mostraban intransigentes. Afortunadamente, bien porque mediara alguna discreta advertencia o por otras razones, ya a finales de marzo de 1743 la situación empezó a mejorar, al concedérsele, si no

32. *Ibidem*, carta de 26 de marzo de 1743, p. 201.

33. *Ibidem*, carta de 3 agosto de 1739, p. 167.

34. *Ibidem*, p. 177.



casa, mayor libertad de movimiento,<sup>35</sup> sin la cual «no sé cómo podría vivir» en una corte donde se habían llegado a prohibir los bailes particulares con que se entretenían las damas.<sup>36</sup>

No son pocas las cuestiones políticas a las que alude o trata en las cartas, referidas tanto a asuntos portugueses como españoles. Las referencias a distintos personajes de ambos países son frecuentes, lo mismo que una serie de sobreentendidos que permiten vislumbrar que, al igual que ocurría en Madrid, también en Lisboa, a pesar de no tener «cuarto», los príncipes herederos aglutinaban una cierta oposición a las directrices políticas del rey padre. Bastante antes de convertirse en reina, Mariana Victoria tranquilizaba a su madre sobre la dirección que tomaría la monarquía lusa cuando su esposo fuera rey efectivo. Pero temía las consecuencias de un interregno, ya que entonces la regía consorte asumiría la regencia. Eso fue lo que ocurrió en 1742, cuando la situación incluso empeoró, pues aunque la madre dio entrada a su hijo en el despacho, este debió limitarse a dar «solamente testimonio de aquello que otros hacen».<sup>37</sup> Todo lo cual incidía en retrasar el cambio de rumbo en las relaciones hispano-portuguesas que, sin duda, se produciría cuando don José ocupara el trono:

Sobre lo que mira a vivir en buena inteligencia contigo, mi querida madre y con mi querido padre, le he oído decir el otro día que era eso lo que convenía más a esta corona, así yo creo estar también de este lado, pero yo no dejaré nunca de trabajar todo lo que pueda para reafirmar estas buenas intenciones; mi príncipe se pone a vuestros pies y os agradece el honor que le hacéis.<sup>38</sup>

Que las cosas no fueron fáciles resulta evidente. Contra todo pronóstico, ya que la salud de Juan V había pasado por sucesivas crisis, Felipe V murió repentinamente el 9 de julio de 1746 y, apenas acabados

35. *Ibidem*, p. CXLV y carta de 28 de marzo de 1743, p. 202.

36. *Ibidem*, pp. 243 y 245.

37. *Ibidem*, p. 198.

38. *Ibidem*, carta de 16 de diciembre de 1743, p. 221.

los funerales, su viuda, Isabel de Farnesio, debió abandonar la corte y trasladarse al palacio que su marido le legara en San Ildefonso. La nueva reina, Bárbara de Braganza, sí propició un acercamiento a Portugal, pero su primera medida fue sustituir al hasta entonces embajador en Lisboa, marqués de Candia, apreciado por la infanta pero contra el que se habían presentado muchas quejas, por otro de perfil menos político, el duque de Sotomayor. Tanto el alejamiento de su madre como el cambio en la representación disgustaron mucho a la infanta española, que, como el resto de sus hermanos, sentía escasa simpatía por su cuñada. La nueva situación apenas afectó a la correspondencia entre madre e hija, que continuó como antes, si bien su contenido cambió de sentido, ya que la reina viuda intentó a través de su hija que aquella corte interviniera en las negociaciones de paz entre España, Francia e Inglaterra y recobrar así su perdida influencia. Pero, como la propia doña Mariana Victoria confesó, a pesar de su deseo de obedecerla en todo, nada pudo hacer, al tratarse de gestiones difíciles que exigían tratar de palabra y en las que era necesario extremar la prudencia.<sup>39</sup>

#### 4. *Reinar en claroscuro*

Si como princesa cualquier tipo de intervención en favor de la rehabilitación de su madre o de sus intereses resultaba delicada, mucho más lo fue a partir de 1750, cuando la muerte de Juan V, el 31 de julio de 1750, supuso la ascensión al trono de José I, su esposo.<sup>40</sup> Tenía el nuevo monarca treinta y seis años, y mantuvo al secretario de Estado de su padre como signo de continuidad, pero entre los nuevos nombramientos

39. *Ibidem*, carta de 22 de diciembre de 1747, pp. 264-265. Como señala Beirao y los estudiosos que han trabajado con la correspondencia de la infanta, esta se vuelve escasa entre 1749 y 1754, unos años clave en la sucesión portuguesa, probablemente no porque disminuyera, sino por haberse perdido o no estar convenientemente localizada.

40. Félix Silva FREIRE, *Exaltación al trono de la fidelísima y augustísima reina del Imperio lusitano D. Mariana Victoria*, Lisboa, 1751.

tos hizo uno de gran trascendencia, el de Sebastián José de Carvalho e Melo, futuro marqués de Pombal, como secretario de negocios exteriores y de guerra. Un hidalgo de provincias, jurista por la Universidad de Coimbra y viudo de una dama de la reina María Ana de Austria, gracias a cuyo apoyo inició su carrera en la diplomacia en 1738, como enviado en Londres para resolver asuntos relacionados con la marina y el comercio. Destinado en Viena en 1745, también con intervención de la reina portuguesa, allí contrajo un segundo matrimonio con la hija de un mariscal austriaco, la condesa María Leonor Ernestina Daun. De vuelta en Lisboa, poco antes de la muerte del rey, también la recomendación de la reina madre facilitó su elección para formar parte del primer gabinete del nuevo monarca.<sup>41</sup> Pronto su progresiva influencia fue debilitando la confianza que doña Mariana Victoria tenía en participar informalmente en las decisiones de su esposo. Conservó siempre su confianza, pero las decisiones políticas quedaron fuera de su alcance.

La reina era joven, tenía treinta y dos años, era madre de cuatro hijas y todavía podía esperarse que pariera un varón. Vivió con alegría las celebraciones y las novedades que se fueron introduciendo en la corte, entre otras la música y el teatro, así como la inauguración de la Ópera del Tajo, derrumbada por un terremoto. También por entonces, la regia familia empezó a practicar estancias relativamente más regladas que las anteriores en los distintos palacios del entorno lisboeta y en Mafra, Vila Viçosa o Caldas da Rainha, lo que le recordaba su paso por los sitios reales españoles. Pero el cambio más significativo fue que, desde entonces, pudo disponer de una casa propia y del llamado «estado de la reina», un conjunto de tierras, estados y derechos que se entregaban en Portugal a la consorte regia y que esta administraba de forma autónoma.<sup>42</sup>

41. Sobre ambas figuras, véanse Nuno Gonçalo MONTEIRO, *D. José*, Temas e Debates, Lisboa, 2008; Kenneth MAXWELL, *O Marquês de Pombal*, Presença, Lisboa, 2001.

42. Sobre ambas cuestiones, véase Maria Paula Marçal LOURENÇO, «Casa, corte e património das Rainhas de Portugal (1640-1754): poderes, instituições e relações

A pesar de sus protestas, doña Mariana Victoria, que nunca había tenido casa, sí había dispuesto de personal propio, aunque poco efectivo y con discontinuidad. Los primeros nombramientos se produjeron con el compromiso matrimonial, en diciembre de 1727, y también hubo otros en 1734, con motivo del nacimiento de doña María, y ya en 1739, al parecer por sugerencia de doña María Ana de Austria. Pero de forma tan aleatoria que la propia Isabel de Farnesio estaba extrañada de que, a la altura de 1745, sus nietas tuvieran damas y su hija no. La contestación de esta de que «ici tout va comme cella», iba seguida del relato de las muchas combinaciones de nombramientos y cesiones de criadas de la casa de la reina que habían dado lugar a esta anomalía.<sup>43</sup> Unos años más tarde, Juan V le nombró un nuevo mayordomo mayor y, ya en 1750, José I, a la vez que mantenía a quienes habían servido a su madre, nombró una serie de nobles para la casa de su consorte, mientras que ella misma daba el visto bueno al personal femenino que debía acompañarla. Según una relación de 1754, su «familia» de mujeres estaba compuesta por la camarera mayor, seis damas de honor, diez damas, dos meninas, seis damas de cámara, dos azafatas, doce mozas de cámara y diez mozas de retrete, cuarenta y ocho personas a las órdenes de la camarera, equivalentes en número a los hombres que estaban bajo la autoridad de su mayordomo mayor.<sup>44</sup> Constituían una corte propia en el interior de la propia corte regia, monopolizadas ambas, al inicio del reinado y en sus cargos superiores, por los grandes, en el caso de la del rey, o por sus esposas, hermanas e hijas, en la de la reina. Ni entonces ni después hubo españoles a su servicio, con la excepción de María Teresa de Roxano de Aranda, que había sido su aya, y Luisa Velandía,

---

soiais», tesis de doctorado inédita, Universidade de Lisboa, 1999; *idem*, *Rainhas no Portugal Moderno: casa, corte e património*, Colibri, Lisboa, 2013; José SUBTIL, «O estado e a Casa da Rainha: entre as vésperas do terremoto e o pombalismo», *Politeia. História e Sociedade*, 8 (2008), pp. 129-163. También, DRUMOND BRAGA, *A rainha discreta*, pp. 128-136.

43. BEIRAO, *Cartas da Rainha*, carta de 26 de marzo de 1745, pp. 242-244.

44. SUBTIL, «O estado e a Casa», p. 144.

que, desde 1730 hasta su fallecimiento en 1759, lo hacía a título de camarista propia y no de Isabel de Farnesio, para evitar suspicacias.

Para administrar las rentas que componían el «estado de la reina», desde época de doña Luisa de Guzmán, había un Conselho da Fazenda, e estado da Rainha, que en el año 1753 estaba compuesto por cinco ministros, catorce oficiales y un secretario, todos los cuales simultaneaban este cargo con otros en el Consejo de Hacienda u organismos similares, como el tribunal del Desembargo do Paço. También dispuso hasta 1755 de una pequeña secretaría en el propio palacio, compuesta por un secretario del Estado da Rainha, uno o dos oficiales y algunos veedores, que contaba con un archivo propio. Era a través de ese secretario como la reina se comunicaba con el consejo. Pero con el terremoto del año 1755, al estar en el Palacio Real, su oficina y su estructura resultaron afectadas. Pero más que por esta coyuntural desorganización, la Casa de la Reina se vio afectada por las reformas administrativas impulsadas por José de Carvalho e Melo, conde de Oeiras, desde julio de 1759 y, especialmente, por la creación del Erario Publico, en 1761, que supuso que su administración quedase a cargo de las instituciones regias. Ello supuso la entrada en su consejo del Estado de ministros afectos al conde de Oeiras, cuyo hermano, Paulo de Carvalho e Mendonça, que era también inquisidor general, presidió la institución hasta su muerte, en 1770, cuando el ya inminente marqués de Pombal fue inspector general de sus rentas. Algo parecido ocurrió en la propia Casa de la Reina, donde en 1769 un hombre directamente implicado en el proceso reformista, Bartolomeu José Nunes Cardoso Geraldés, fue nombrado mayordomo mayor.<sup>45</sup>

Desde 1750 y hasta su fallecimiento en 1781, doña Mariana Vitoria, como titular de su Casa, pasó por distintas situaciones: durante los primeros cuatro años fue titular con su suegra; entre 1754 y 1777, fue

45. *Ibidem*, pp. 155-174; y «O Estado e a Casa da Rainha de Portugal. Entre vésperas do terremoto e o pombalismo», en J. Martínez Millán y M. P. Marçal Lourenço, coords., *Las relaciones discretas. Las Monarquías hispana y portuguesa: las Casas de las Reinas (siglos XV-XIX)*, Polifemo, Madrid, 2008, vol. II, pp. 749 y 752-765.

única titular, pero desde 1760, por efecto de la centralización pombalina, perdió la administración de sus rentas, al incorporarse su patrimonio a la real hacienda y depender de ella para sufragar los gastos, excepto los personales, así también la autoridad sobre su casa, al no depender de ella los nombramientos. Ya a partir de 1777, de nuevo volvió a existir una cotitularidad, en este caso con su hija María I. No fueron estos los únicos efectos de la política real en su vida, ya que, debido a la expulsión de todos los jesuitas —que eran los confesores reales— en 1757, y de la Compañía dos años más tarde, la reina tuvo que cambiar de confesor, recayendo el nombramiento en un agustino.

Pero si hubo un acontecimiento que marcó el reinado y cambió la vida de la reina fue el terremoto de Lisboa del 1 de noviembre de 1755. Estaba ese día la familia real en su casa de verano de Belem y gracias a ello escaparon con vida, dado el estado en que quedó el palacio lisboeta. Había sido, tal y como escribió a su madre Isabel de Farnesio, una gracia divina que escaparan ilesos, dada la destrucción causada. Se refugiaron en el campo, dejando una Lisboa arrasada, y el viejo palacio de Ribeira «arruinado y lo que escapó quemado con todo lo que tenía». Todo eran «desgracias terribles y desolación universal», tal y como escribió a su madre, y lo peor seguían siendo las continuas replicas que causaban pavor.<sup>46</sup> Tuvieron que vivir en tiendas, por el rechazo absoluto a instalarse en cualquier edificio cubierto y la negativa del monarca a trasladarse a Mafra, tanto por estar lejos de Lisboa como por ser un edificio muy alto, de piedra. Pronto se decidió levantar un palacio de madera cerca de Belem, para lo que se eligió el vecindario de Ajuda, y se pusieron las obras en marcha.

Las llamadas «reais barracas», que eran de madera, pudieron ser habitadas ya en el otoño, mientras todavía seguían las réplicas ese año y el siguiente. No le disgustó a la reina su nueva residencia, que juzgó, según escribía a su madre, «bonita e grande», con una hermosa vista, bellos jardines e incluso estancias para recepciones oficiales. A lo que no

46. AHN, Estado, leg. 2612; y MONTEIRO, *D. José*, pp. 83-85.

pudo acostumbrarse fue a los temblores, que le producían un gran miedo, aunque menos que a su esposo, que se negó a volver a habitar en un edificio de piedra.<sup>47</sup>

El impacto del terremoto, cuya repercusión fue grande en toda Europa, supuso tal destrucción y pérdida de vidas en Portugal, que se produjo un verdadero colapso. Desde el punto de vista político supuso un antes y un después, ya que fortaleció el poder personal de Carvalho de Melo y convirtió su secretaría en el centro de la decisión política. Circunstancias excepcionales obligaron a tomar medidas que también lo eran, con una evidente centralización de la toma de decisiones, con vistas a la reconstrucción, que provocó las protestas de los grandes contra el ministro y un clima abierto de contestación a su protagonismo. Esta fue la circunstancia en que se produjo otro nuevo suceso, de repercusiones mucho más limitadas, pero de gran contenido simbólico, el atentado contra el rey el 3 de septiembre de 1758. Regresaba don José de un encuentro con la marquesa de Távara a la real barraca de Ajuda con un criado, cuando recibió un tiro en la espalda. La *Gaceta* y la corte lo ignoran y la propia reina tampoco fue informada, comunicando esta a su madre que su esposo se había caído por una escalera y herido en un brazo.<sup>48</sup> Pero finalmente resultó imposible ocultar la verdad, de manera que el 12 diciembre tuvo que confesarle que la habían engañado y que también ella había hecho lo mismo, al comunicarle una falsa noticia: «Veía bien que el rey tenía alguna cosa más de lo que me decía», escribe, pero sin llegar a pensar de que se tratara de un atentado, lo cual le resulta casi inconcebible, siendo como era «el mejor hombre del mundo, que nunca hace mal a nadie, sino mucho bien a todos». Respecto a los culpables, todavía dice no conocerlos, aunque le comunica que los rumores coinciden en considerar al duque de Aveiro como jefe de la conspiración. Ya el 2 de enero de 1759 las noticias son tranquilizadoras: la situación se había calmado, su marido ya dormía con ella e, incluso, se

47. *Ibidem*, pp. 104-108.

48. *Ibidem*, pp. 131-134.

había mostrado ya en público. No mucho después transmitió la noticia de que los acusados habían sido ejecutados y diez jesuitas comprometidos puestos en prisión. Doña Isabel no pudo reprimir la curiosidad de saber quién era y qué le había ocurrido a la marquesa de Távora, que no figuraba en el relato de su hija. La respuesta de esta fue explícita: era una dama que había estado en la India con su marido y había sido la única mujer ejecutada en el patíbulo de Belem.<sup>49</sup> No fue este el único atentado que sufrió don Pedro, pues también fue víctima de uno en 1762 en Cascais y de otro en 1769 en Vila Viçosa, pero que no tuvieron tanta repercusión.

Si, en el plano personal, el incidente pudo aumentar los celos que las aventuras extramatrimoniales de su esposo suscitaban en doña Mariana Victoria, no es fácil de saber; en cualquier caso, más allá de la maledicencia cortesana, las relaciones entre los esposos no cambiaron e, incluso, su designación como gobernadora el 7 de septiembre, cuatro días después del atentado, fue una clara prueba de su confianza. El rey, que podía haber delegado en un consejo de regencia, prefirió que fuera su esposa quien asumiera la plena potestad, en el convencimiento de que sus «virtudes y excelentes cualidades» eran una garantía para la buena administración del reino. La reina, tres días más tarde, se lo comunicó a Isabel de Farnesio, sin disimular la satisfacción que le había producido esta prueba de consideración, aunque no deja de expresar la incomodidad que le producía intervenir en asuntos de Estado. Al contrario que a su madre, no le gustaba asistir al despacho, al tiempo que le cansaban, y aburrían, las audiencias. Tampoco debió de resultarle agradable firmar la orden de prisión en su casa y en la cárcel, respectivamente, para los marqueses de Távora, ni la condena de los otros implicados. Gobernó durante tres meses, hasta el 12 de diciembre, y no faltaron comentarios, como el del embajador francés, que auguraban que no era imposible que cogiera el gusto de hacerlo. Parece que esto no ocurrió, ya que, tal y como expresó ella misma en una carta a su hermano Carlos el 8 de marzo de 1768, nunca había estado demasiado

49. DRUMOND BRAGA, *A rainha discreta*, pp. 141-142.



enterada de los asuntos públicos, porque no le gustaban ni había tenido interés en intervenir en ellos.<sup>50</sup>

Ya como regente, volverá a asumir el gobierno de Portugal por la enfermedad de don José, entre el 29 de noviembre de 1776 y la subida al trono de su hija, tras la muerte del monarca el 24 de febrero de 1777. Si fue verdad o táctica su desapego del poder efectivo, es difícil saberlo, pero no son pocas las fuentes que confirman su desinterés no tanto por los asuntos políticos como por el ejercicio directo o indirecto del poder. El conde de Fernán Núñez, embajador en Lisboa entre 1778 y 1785, escribió al respecto:

A los últimos de la enfermedad del rey Don Josef cedió este las riendas del gobierno a su esposa Doña Mariana Victoria, hermana del rey Carlos, que hasta entonces no había querido tomar nunca la menor parte en él, como hubiera podido hacerlo, adquiriendo sobre su esposo el dominio que tuvo el marqués de Pombal y que con igual o mayor facilidad hubiera podido conseguir S.M., sobre todo manifestándose pasiva y no sabedora de las distracciones de su marido, que por ocuparla más y disfrutarlas tranquilamente, se hubiera puesto en sus manos en lo gubernativo. Pero las princesas españolas tienen una calidad única que las distinguen de todas y es que los verdaderos principios de religión en que van imbuidas por su primera educación les hace ser tan adictas a los intereses de sus maridos y, por consiguiente, a los del país en que habitan, que creen de su obligación olvidar lo suyo.<sup>51</sup>

Sin embargo, no dejó de tener doña Mariana Victoria una cierta perspicacia política, ya que fue consciente en fechas tempranas de que su marido corría el peligro de dejarse gobernar, y no precisamente por ella. Así lo confesó al despedir al embajador español duque de Almodóvar, en 1777, lamentando que, a pesar de las muchas cualidades que lo

50. *Ibidem*, p. 144.

51. Conde de FERNÁN NUÑEZ, *Vida del rey Carlos III*, Librería de Bibliófilos, Madrid, 1898 (ed. facsímil, 1988), p. 284.

adornaban, don Pedro hubiera sido tan débil frente a Pombal. Es más, es posible que su repliegue tuviera mucho de prudencia, consciente de que, aunque competían en planos distintos, su posición era más débil. No pudo ser consejera en la sombra y también se truncaron sus esperanzas de mejorar las relaciones hispano-portuguesas. La buena comunicación de la reina con sus hermanos y la tensión que siempre le producían los desacuerdos diplomáticos con España le llevaron a adoptar otro camino, el de favorecer matrimonios españoles para sus hijas, en contra de la posición portuguesa de que se llevaran a cabo dentro de la propia dinastía, que fue lo que defendió Pombal para su primogénita y para su nieto. La primera vez que lo intentó fue en 1756 y el candidato era el infante don Luis, lo cual no llegó a plantearse oficialmente en vida de la reina doña Bárbara, que postulaba abiertamente la candidatura de su hermano don Pedro como consorte de la futura heredera.<sup>52</sup> Con la llegada de Carlos III, la propuesta pareció renovarse, pero el matrimonio del hermano del rey podía ocasionar en España un problema sucesorio, ya que los derechos del príncipe de Asturias y los infantes a la Corona podían ser puestos en duda, al haber nacido todos en Nápoles, en contra de lo que disponía la ley Sállica introducida en 1713. De ahí que, si bien es posible que llegara a plantearse formalmente, la cautela fue la norma tanto en lo que respecta al monarca español como al portugués, conocedor este de que la candidatura de don Pedro contaba con muchos apoyos, incluido el de su principal ministro.<sup>53</sup> De forma precipitada se optó por esta solución, hasta el punto de que doña Mariana Victoria solo pudo comunicarlo a su madre con tres días de antelación, aludiendo a modo de disculpa al improbable motivo de que se querían evitar ceremonias por las dificultades que estaba atravesando la Real Casa.<sup>54</sup>

52. MONTEIRO, *D. José*, pp. 180-182; DRUMOND BRAGA, *A rainha discreta*, pp. 157-160.

53. Sobre la figura de don Luis, sus relaciones con Carlos III y la Pragmática sobre matrimonios desiguales de 1776, véanse los comentarios de Fernán Nuñez en su *Vida del rey Carlos III*, pp. 266-274.

54. DRUMOND BRAGA, *A rainha discreta*, pp. 159-161.

Viudo Carlos III desde el otoño de 1760, pronto se abrió otra posibilidad que los soberanos portugueses negociaron conjuntamente: la de un matrimonio doble del rey el príncipe de Asturias con sus hijas María Francisca Dorotea y María Francisca Benedicta. Correspondió al entonces embajador portugués en Madrid sondear cómo sería recibida la propuesta, y si bien el ministro Wall parecía compartir las ventajas que la unión podía reportar, también dejó claro que el mayor inconveniente era el propio monarca, que había dejado claro su propósito de no contraer un nuevo matrimonio. La propia reina portuguesa, a través del embajador, envió una carta a su hermano, con sus mejores razones e incluso tratando de la cuestión sucesoria, en parte resuelta por el embarazo de la princesa del Brasil, aunque abierta siempre a imponderables. Que en caso de frustrarse considerara preferible que la sucesión portuguesa pasara a descendientes de su propia familia que a los de un príncipe extranjero resultaba comprensible, pero sus razones no cambiaron la decisión de don Carlos, cuya respuesta fue inapelable: «la llaga que le había causado la muerte de su esposa todavía no estaba curada» y no deseaba cambiar de estado.<sup>55</sup> Como la heredera portuguesa tuvo un varón, al que siguieron otros cinco, lo que contradecía las sospechas de impotencia que circulaban sobre su tío y marido, la reina abandonó el proyecto, comunicando la buena nueva a su madre, convertida en bisabuela, y al menos durante unos años no se volvió a hablar de matrimonios españoles.

La coyuntura internacional, en plena guerra de los Siete Años, tampoco resultó demasiado propicia para las relaciones hispano-portuguesas. El 12 de febrero de 1761 se firmaba en Madrid el Tratado del Pardo, que suponía la anulación del acuerdo de 1750 sobre las demarcaciones de ambos estados en la América meridional, que había resultado imposible de llevar a cabo por la oposición de todos, desde la oposición de Pombal al abandono de Sacramento hasta la de los jesuitas al traslado de los guaraníes, y la beligerancia de estos contra cualquier cambio en su

55. MONTEIRO, *D. José*, pp. 191-192.

situación. Era una medida realista que dejaba, sin embargo, la cuestión abierta. Y que volvió a complicarse cuando, tras la firma del Tercer Pacto de Familia entre Francia y España, y previa a la entrada de esta última en la guerra, el 4 de febrero de 1762 se firmó una convención particular entre ambas potencias contra Gran Bretaña, que incluía dos artículos, el 7.º y el 8.º, que eran un ultimátum a Portugal para que abandonara la alianza inglesa. Las dilaciones no evitaron un conflicto bélico, que los portugueses llamaron «guerra fantástica», que se desarrolló tanto en la frontera peninsular como en el río de la Plata, en torno a la colonia de Sacramento, que fue reconquistada por los españoles aunque, finalmente, devuelta el 27 de diciembre de 1762. La Paz de París, unos meses después, que Portugal ratificó más tarde, normalizó las relaciones entre ambas potencias, poniendo fin a una situación que de nuevo había conmovido profundamente a la reina, cuya correspondencia con su madre sufrió una larga interrupción entre junio y septiembre de 1762. Una vez reiniciada, no deja de encargarle que tienda puentes con su hermano el rey, comunicándole su alegría por la firma, primero, de las preliminares y, después, de las ratificaciones de la paz.<sup>56</sup>

Esta no duró mucho, sobre todo en América. En 1766 una expedición enviada por Pombal tomó los fuertes de Santa Tecla, Santa Teresa y Montevideo y, en represalia, una escuadra española ocupó la isla de Santa Catalina, situada en las inmediaciones de la capital del Brasil, recuperando también la colonia de Sacramento. Las fechas eran delicadas en ambas cortes, lo que propició la reconciliación de las dos familias reinantes, pero volvió a dilatar la solución del conflicto hasta las postrimerías del reinado, en la coyuntura de la guerra de Independencia de las colonias inglesas. Un nuevo enfrentamiento se inició en 1776 en la Banda Oriental, pero lo que no pudo conseguir de José I en vida, se logró a su muerte. La reina fidelísima aprovechó su breve segunda regencia para preparar un acuerdo e inclinar a su hija y a su yerno por ese camino: «La reina —escribe el embajador español duque de Almo-

56. *Ibidem*, pp. 199-200.

dóvar— es de genio pío, dócil y algo irresoluto; respeta y escucha a la reina madre que es princesa de gran mérito». <sup>57</sup>

El primero de octubre de 1777, en La Granja de San Ildefonso, se puso fin al viejo litigio de definición de las fronteras en el continente sudamericano, lo cual supuso, por parte de Portugal, la cesión de la mitad sur del actual Uruguay y la colonia de Sacramento a España, así como las islas de Annobón y Fernando Poo en Guinea, a cambio de la retirada española de la isla de Santa Catalina. Tras la firma del Tratado de San Ildefonso, en el deseo de consolidar las relaciones entre ambos países, se empezó a tratar sobre una posible visita de la reina viuda portuguesa, hermana de Carlos III, a España.

El viaje de la reina viuda de Portugal fue cuidadosamente preparado y se inició el 12 de octubre de 1777, en Caia, el lugar por donde había entrado en Portugal cuarenta y ocho años antes. El 4 de noviembre llegó al Escorial, donde le esperaba su hermano, saludándose ambos con verdadera emoción y reconociéndose en los niños que fueron, pese al paso del tiempo. <sup>58</sup> Allí conoció también a la real familia, viajando después a San Ildefonso y a Madrid, el 2 de diciembre, cuyo nuevo palacio no conocía y que encontró demasiado grande y frío. <sup>59</sup> Poco tiempo estuvo en la capital, ya que deseaba volver a Aranjuez, adonde se trasladó con su sobrina, la infanta María Josefa. Volvió para pasar las navidades en el palacio madrileño y, ya el 7 de enero, siguió a la corte al Pardo y se incorporó al periplo habitual por sitios reales: Semana Santa madrileña, traslado en la Pascua a Aranjuez, vuelta a la capital a finales de junio, para pasar después a San Ildefonso y el Escorial. De ahí partió el 5 de noviembre de 1778 de vuelta a Portugal, siendo recibida

57. Archivo General de Simancas, Estado, leg. 7312, carta de Almodóvar a Floridablanca, 13 de abril de 1777. La influencia de la reina Mariana Victoria en el acercamiento fue destacada por William COXE, *España bajo el reinado de la Casa de Borbón...* Madrid, Tip. D.F. de P. Mellado, 1847, IV, pp. 261-264, y por Manuel DANVILA y COLLADO, *Reinado de Carlos III*, Madrid, ed. El Progreso, 1893, IV, p. 324.

58. FERNÁN NUÑEZ, *Vida del rey Carlos III*, p. 290.

59. DRUMOND BRAGA, *A rainha discreta*, pp. 231-232.

en Caia el 19 de noviembre y haciendo su entrada en Lisboa el 21 de ese mes.<sup>60</sup> Dado el cambio que la muerte de José I supuso en las relaciones hispano-portuguesas y el interés del rey y de Floridablanca por mejorarlas, la significación política de la estancia fue grande, máxime cuando ambos hermanos tenían ya en el horizonte los matrimonios portugueses que se celebrarían en 1785. En presencia de la reina viuda se firmó el Tratado del Pardo el 11 de marzo de 1778 entre su hija María I de Portugal y Carlos III, dirigido a resolver algunos puntos del anterior y otros relativos al comercio y navegación, dándose así por terminados los litigios que habían provocado los conflictos de 1761, 1763, 1776 y 1777.

Con el frente español pacificado, Pombal destituido y alejado de la corte, ya que doña María I sentía por él la misma antipatía que su madre y nunca le perdonó su crueldad con respecto a los implicados en el atentado de 1758, ni que le hiciera presenciar la ejecución, doña Mariana Victoria pasó a ocupar los nuevos apartamentos que le había procurado en la Real Barraca de Ajuda. De allí salió para Queluz, pasó después por el nuevo palacio de la Praça do Comércio y, tras una estancia en Caldas para probar los beneficios de sus aguas que, al parecer, le alivió, volvió a la residencia que durante treinta y cinco años había sido su verdadera casa, la Real Barraca de Ajuda. Allí murió el 14 de enero de 1781.

### 5. *Un ámbito propio: afectos, aficiones y cartas*

Las cartas puntuales y expresivas de la infanta reina que han servido de hilo conductor de este trabajo revelan que, detrás del protocolo, las convenciones y las obligaciones, hay también una mujer que va madurando y también conformando un espacio no material que la defiende y acompaña, constituido en primer lugar por los afectos familiares y

60. *Ibidem*, pp. 220-236.

forjado inicialmente por la añoranza y el deseo de protección de los parientes más directos, que una princesa, como cualquier joven desposada, necesita para defender su identidad y sus recuerdos al ser traspasada a otro núcleo familiar. Afectos con los que intenta rodear a la persona del esposo, clave de su recién adquirida identidad y también para el logro de una relativa independencia en el nuevo núcleo familiar en que se inserta. Y que después traslada a las hijas, con quienes estuvo muy unida y cuya separación acepta de mala manera, aunque se viera obligada a ceder a las imposiciones de su suegra. Así, en 1736 escribe su madre: «La pequeña se queda, porque la reina dice que dejaba siempre a sus hijos cuando eran pequeños. Eso no me agrada, pero paciencia». <sup>61</sup> También con ellas practicaba la escritura si la separación se alargaba. Cualquier enfermedad le llenaba de preocupación y la muerte de una de ellas, Dorotea, a los treinta y dos años causó un gran dolor a ella y a toda la familia. <sup>62</sup>

También se preocupó de su educación, procurando inculcarles sus propias aficiones, la música y la pintura. De hecho, sus cuatro descendientes fueron mujeres cultas, si bien la timidez y las continuas depresiones de la primogénita oscurecieron sus cualidades. La segunda, Mariana Francisca, cultivó la música y la pintura, hablaba varios idiomas y fue considerada en su época mujer de gran talento. La tercera, María Francisca Dorotea, la que murió en 1771, también tuvo dotes artísticas. Y la más joven, Mariana Benedicta, casada en 1777 con su sobrino José de Portugal, fallecido en 1788, tocaba varios instrumentos, fue pintora e igualmente extremadamente culta. Como sus hermanas, se trasladó al Brasil en 1807, fue la única que regresó y murió en Portugal, ya en 1829. Todas heredaron la melancolía de su madre y quizá, en el caso de la primogénita, el desequilibrio de su abuelo.

Contra lo que era habitual, no parece que la reina estuviera especialmente preocupada por casarlas, más bien todo lo contrario. Doña

61. BEIRAO, *Cartas da Rainha*, carta de 14 de agosto de 1736, p. 146.

62. DRUMOND BRAGA, *A rainha discreta*, pp. 104-105.

María lo hizo con veintiséis años y su madre, que nunca aprobó que lo hiciera con su tío, lo dilató en lo posible. Tampoco le satisfizo el grado de consanguinidad ni la disparidad en edad, aunque en este caso fuera la benjamina Benedicta mayor que su sobrino. Desde luego que quería casarlas, pero careció de la visión de futuro y la habilidad política de su madre para negociar los enlaces de sus vástagos. Claro que no se trataba solo de eso, su propia experiencia, que le llevó a decir que no quería más hijos, también le hizo negarse a que una de sus hijas contrajera matrimonio con el delfín, hijo de su antiguo prometido, y tener muy en cuenta que contraer un matrimonio principesco, a veces, tenía un alto precio. Una carta a su madre, fechada el 24 de diciembre de 1747, es decir, después de la muerte postparto de su hermana María Teresa y en medio de la negociación de la boda saboyana de la más pequeña, María Antonia, es especialmente reveladora. Le agradece esta buena noticia y las perspectivas de «novios» para sus hijas pequeñas que le da y añade:

Pero casarse solamente por casarse y vivir siempre mortificada no es algo agradable, y eso es lo que espero para mi querida hermana, ya que como vos decís admirablemente, como en todo, hay que encomendarse a Dios.<sup>63</sup>

Estas consideraciones y la abierta oposición a la pretensión de Pomal de excluir de la sucesión a la primogénita, en favor de su hijo mayor don José, la impulsaron a librar una verdadera batalla para impedirlo y a ejercer, quizá por primera vez, toda su influencia para convencer a su marido. El proyecto empezó a tomar cuerpo en 1770, pero el rey se resistía a desheredar a la hija y a abdicar en su nieto, entre otras cosas por la ofensiva de la reina contra el proyecto del ministro, a quien llegó a prohibir su entrada en los apartamentos regios. También aludió a una hipotética invasión española en apoyo de los derechos de doña María, cuya negativa a la renuncia era explícita. No llegó a producirse. Pero la reina sí pidió ayuda a su hermano y se lo hizo saber a su marido, de la misma manera que se apoyó en la nobleza para impedir cualquier

63. BEIRAO, *Cartas da Rainha*, carta de 24 de diciembre de 1747, pp. 265-266.



tentativa de juramento del nieto con motivo de la inauguración de la estatua ecuestre de don José en 1775.<sup>64</sup>

Como escribió Fernán Núñez, la infanta española fue una leal reina portuguesa que, en momentos difíciles, nunca dudó de cuál era su lugar. Pero precisamente porque apenas convivió con su propia familia mostró siempre un apego especial a sus padres, especialmente a su madre, y a sus hermanos, a los que había llegado a conocer, como don Carlos, y a los que prácticamente no conocía, como las infantas María Teresa y María Antonia, y don Luis. Ellos siempre fueron su puerta de contacto con un pasado que se negó a olvidar y un recurso en los momentos en que necesitaba ayuda

La reina portuguesa fue una mujer culta, que recibió una esmerada educación, pero no llegó a ser una verdadera princesa ilustrada. Era prácticamente trilingüe por su manejo, hablado y escrito, del español, el francés y el portugués e, incluso, algo de italiano. Durante los primeros años de su vida el francés fue su lengua habitual, idioma en el que fue alfabetizada y que siempre utilizaba con sus padres, pero ya en 1730 hablaba en portugués, con peligro, incluso, según su camarista Luisa Velandía, de olvidar el castellano. Esa fue la lengua que empezó a utilizar con su madre y sus hermanos ya en la segunda etapa de su vida, la que usó con los embajadores de España y Francia y con sus servidoras españolas. En su etapa francesa, se relacionó con su entorno y con Madame de Ventadour siempre en francés. Una relación que continuó durante sus años en España y después en Portugal, en un tono de confianza que le permitía solicitar que le proporcionara algunos libros sobre la historia de Roma, que le gustaban mucho.<sup>65</sup> Le gustaba leer en italiano, y disponía de libros en esa lengua, y también apreciaba especialmente la música italiana. El inglés no debía conocerlo o no lo hablaba, ya que sus conversaciones con diplomáticos y viajeros de esa lengua se mantuvieron siempre en francés. También, a juzgar por al-

64. DRUMOND BRAGA, *A rainha discreta*, pp. 201-293.

65. BEIRAO, *Cartas da Rainha*, carta de 27 de mayo de 1730, p. 67.

gunas cartas a sus padres, nada más llegar a Portugal continuó recibiendo lecciones de latín y con aprovechamiento, según el clérigo que le daba clase.<sup>66</sup>

De sus aficiones, unas fueron constantes y otras variaron con el tiempo. A su madre, la reina Farnesio, no solo le pedía vestidos y muñecas, sino también obras de mayor enjundia como *El gran diccionario histórico* de P. Luis Moreri, que seguía gozando de gran estima. También le pidió dos tratados de equitación de William Cavendish, duque de Newcastle, y dos tratados de equitación en 1658 y 1667, uno en francés y otro en inglés, además de algunos títulos de su propia biblioteca.<sup>67</sup> Mariana Victoria llegó a tener un buen conocimiento de la literatura de su tiempo y demostró tener afición a la historia, una disciplina que se consideraba adecuada para las soberanas, tanto la clásica como la eclesiástica, o las propias de los países a los que estaba ligada, Portugal, España y Francia. Fue una persona fuerte y de buena salud, pese a quejarse frecuentemente de dolor de cabeza y de estómago, de los dientes, y sufrir a partir de una edad ataques de reumatismo. Con todo, tuvo una naturaleza capaz de superar las depresiones o melancolías que le sobrevinieron y los muchos abortos y partos fallidos.

Fue siempre muy aficionada a la moda y a la compra de vestidos, sombreros y todo tipo de calzado, chapines, zapatos y chinelas. Le gustaban las sedas y recibía no pocas de España, de la Real Fábrica de Talavera. También de Oriente, mientras que los sombreros llegaban de París. También le gustaban las joyas, que, según los testimonios, llevaba con profusión. Unas eran propias, otras, regalo de su esposo o heredadas de doña Bárbara de Braganza, pero también las compraba. En sus

66. *Ibidem*, cartas de 11 de agosto y 12 de septiembre de 1729, pp. 54 y 56.

67. *Ibidem*, carta de 13 de diciembre de 1731, pp. 91-92. Del primero hubo una traducción española más tardía, *El gran diccionario historico ó miscellanea curiosa de la Historia sagrada y profana, traducido del francés pr. D. José de Miravel y Casadevante*, Acosta de los libr. Privilegiados, París, 1753, 8 t. en 10 vols. Las otras dos obras, el *Méthode nouvelle pour dresser les Chevaux* y *Nouvelle méthode et invention extraordinaire pour dresser les Chevaux*, tuvieron varias ediciones francesas.

residencias o en los desplazamientos, siempre hubo profusión de productos de belleza e higiene, espejos, bandejas, toallas, paños, cajas, maquillajes y pinturas.<sup>68</sup> Su aspecto en algunos casos llamó la atención de diplomáticos y viajeros, quizá porque no se ajustaba del todo a las pautas de la época.<sup>69</sup>

Respecto a la comida, parece que siempre tuvo buen apetito. En mayo de 1731, según Luisa Velandía, su alimentación consistía unos días en chocolate y otros en sopa de gallina con dos huevos, y cuando salía al campo merendaba gallina y cenaba como si no hubiese comido nada.<sup>70</sup> Se adaptó bien a la cocina portuguesa, pero recibió con alegría al cocinero que su madre le envió.<sup>71</sup> Mantuvo el gusto por el chocolate a lo largo de su vida, que compartió con el café, que tomaba con leche. Cuando recibía de Madrid trufas, frutas delicadas como las grosellas, queso, en especial gallego, o vino dulce de Málaga, lo agradecía expresivamente y solía compartirlo con su esposo, con el que comía casi siempre en privado. En 1765 don José reglamentó el servicio de la mesa real, fijándolo en ocho platos mayores, pan y fruta; parece que no querían dulces. En esa dieta entraba desde luego el arroz, que echó mucho de menos durante su estancia final en España y que pidió a su hija que se lo hiciera llegar.<sup>72</sup>

Su afición por la música es bien conocida. Tocaba el clave y también cantaba, a veces en público, pues tenía buena voz. Le gustaba Scarlatti y era muy aficionada a la ópera, asistiendo emocionada a la inauguración de la Real Ópera del Tajo en 1755, en que se representó

68. DRUMOND BRAGA, *A rainha discreta*, pp. 282-285.

69. Giuseppe BARETTI, *Viaje de Londres a Génova a través de Inglaterra, Portugal, España y Francia*, ed. y trad. S. Martínez Pinillos, edición propia, Madrid, 2003, p. 134; Nathaniel WILLIAM WRAXWALL, *Historical memoirs of my own time, Part the first*, Kegan P. Trench Trubner, Londres, 1904, pp. 18-21.

70. DRUMOND BRAGA, *A rainha discreta*, p. 289.

71. BEIRAO, *Cartas da Rainha*, carta de 18 de mayo de 1734, p. 124.

72. DRUMOND BRAGA, *A rainha discreta*, p. 290.

*Alejandro en la India*, con libreto de Metastasio.<sup>73</sup> Libretos y partituras son algunas de las cosas que intercambia con su madre, a quien pide también que le envíe algún músico y le pregunta por Farinelli. También don Carlos solía enviarle copias de las obras representadas en el San Carlo de Nápoles.<sup>74</sup>

Pero si algo le gustaba, como también a su madre mientras pudo y a su hermano Carlos hasta su muerte, era montar a caballo y cazar. Fue una afición temprana que llevó ya a Portugal y que allí practicó inmediatamente, lo mismo que la puntería, disparando a perdices y codornices desde el balcón del palacio de Belem. Si bien esta afición la unió a su marido, que era igualmente un precoz aficionado, la separó definitivamente de su cuñada Bárbara, a quien no le gustaba.<sup>75</sup> Para practicar la caza solía vestir ropa oscura, de amazona, y tocarse con un sombrero de hombre con plumas, prefiriendo siempre montar caballos españoles. Su entusiasmo cuando cazaba una buena pieza era tal que contaba sus éxitos no solo a su madre, sino en las audiencias, con el consiguiente desconcierto de cortesanos y visitantes. Y es que, efectivamente, tuvo excelentes dotes como cazadora, al igual que su marido, y le gustaba llevar buenos perros y, también, el peligro. Como no podía ser menos, las actividades venatorias ocuparon muchos días de los dos hermanos durante se estancia en los sitios reales, especialmente en el Pardo.<sup>76</sup> Y también, como a Carlos III, el gusto por estar al aire libre y la caza dejó impresa su huella en su figura y en su cara, hasta el punto de que, según el inglés Wraxwall, a la altura de 1772, «ya no quedaba ningún vestigio de su antigua belleza. No había, en efecto, nada femenino en su apa-

73. MONTEIRO, *D. José*, pp. 80-81.

74. BEIRAO, *Cartas da Rainha*, cartas de 7 de febrero de 1736, 7 de junio, 20 y 24 de agosto de 1737, pp. 138, 155, 158 y 159; Manuel C. BRITO, *Opera in Portugal in the Eighteenth Century*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989, p. 201.

75. BEIRAO, *Cartas da Rainha*, cartas de 25 enero y 2 de agosto de 1729, 30 de enero de 1731, 13 de octubre y 10 de noviembre de 1733, 23 de abril de 1743, pp. 35, 53, 39, 76-77, 119-120 y 205.

76. DRUMOND BRAGA, *A rainha discreta*, pp. 296-302.

riencia y gestos. Todavía sus ojos negros, vivos y penetrantes, conservaban el brillo originario». <sup>77</sup>

Es cierto que su cara y sus brazos estaban quemados por el sol y que las muchas horas a caballo hacían que su forma de andar fuera muy diferente del de la mayoría de las damas que la acompañaban. Pero a pesar de las críticas, de las prescripciones médicas y del reumatismo, disfrutó de una afición que era pasión y un verdadero ejercicio de libertad.

De carácter amable, según distintos testimonios, conciliadora, hasta el punto de cerrar los ojos ante los desvíos de su marido, al que llamaba «mi príncipe», y al que siempre tuvo en gran estima, fue generosa y también demostró firmeza, sobre todo cuando cualquier contrariedad se interponía en su camino o le obligaba a cambiar sus planes. Practicó una religión sincera pero no demasiado profunda, no exenta de contradicciones, ya que si bien criticaba la excesiva piedad de su suegra y confesaba que se cansaba y aburría en la iglesias, no dejó de practicar una religiosidad tradicional, ni de ser generosa con determinadas órdenes religiosas. Educada para reina y esposa, por su propia voluntad fue buena hija y buena madre. Amó a los suyos, ignoró a sus enemigos y amuebló su palacio interior con chocolate, música y caballos españoles.

77. WRAXWALL, *Historical memoirs of my own time*, p. 21.